

LOS INSACIABLES

Harold Robbins



QUATERNI

Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa por acuerdo con
Jann Robbins c/o McIntosh and Otis, Inc.
THE CARPETBAGGERS
Copyright © Harold Robbins, 1961

Copyright © 2009 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo.
© Quaterni es un sello y marca comercial registrado por
Grupo Ramírez Cogollor, S.L. (Grupo RC)
Traducción: Iñaki Rivero y Ana Palacio

LOS INSACIABLES. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro, incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente, que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

Ésta es una obra de ficción, todos los personajes, organizaciones y acontecimientos retratados en esta novela son ficticios y producto de la imaginación del autor.

ISBN: 978-84-937009-9-7
EAN: 9788493700997

QUATERNI
Calle Mar Mediterráneo, 2
Parque Empresarial Inbisa, N-6 - P. I. Las Fronteras
28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid
Teléfono: +34 91 677 57 22
Fax: +34 91 677 57 22
Correo electrónico: info@quaterni.es
Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez
Diseño colección y texto: Quaterni
Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya
Maquetación: Sinodal, S.L.
Pre-impresión, impresión y encuadernación: Gráficas Deva, S.L.
Depósito Legal: M-
Impreso en España

15 14 13 12 11 10 09 (11)

LIBRO PRIMERO

JONAS 1925

1

Estaba hundiéndose el sol en el horizonte del desierto de Nevada cuando Reno apareció allá abajo. Varié el rumbo del *Waco* hacia el Oeste. Podía escuchar perfectamente el silbido del viento en los planos del aparato y sonreí imaginando qué sucedería si se rompieran. El viejo se alegraría sin duda, pero no tendría razón en desearlo, porque el avión lo había ganado yo en una buena baza.

Suavemente empecé el descenso hasta alcanzar la altura de mil quinientos pies. Volaba sobre la Ruta 32, y a un lado y otro de ella sólo se veía el desierto como una enorme sábana de arena. A unos quince kilómetros, carretera adelante, divisé lo que iba buscando: la fábrica, chata como un sapo gigantesco, «Cord Explosives».

Bajé más aún y pasé a unos treinta metros de altura sobre la factoría. Vi tres personas asomadas a una ventana. Dos muchachas, una mexicana y una india, con vestidos multicolores, y un hombre con traje azul de trabajo. Pude ver hasta el blanco de sus ojos, mirándome asombrados. En aquella vida terriblemente tranquila, mi avión era un escándalo.

Subí otra vez, hasta alcanzar los ochocientos metros de altura. El rugido del enorme motor —un *Pratt & Whitney*— tronaba en mis oídos y el viento me azotaba la cara y me lastimaba los ojos. Los cerré y apreté los labios. La sangre me golpeaba las venas, y en el corazón la vida se reía a borbotones.

¡Poder del vuelo! Desde allí arriba el mundo se ofrecía a mi vista como un juguete. El negro tejado de la factoría se asemejaba allá abajo a una mujer descansando sobre una sábana blanquísima, y, por su silueta, hasta podría

señalar desde arriba la cabeza, los muslos, el pecho y las caderas. Era un espectáculo sugestivo que sugería cosas extrañas a mi imaginación.

Con el aire me lloraban los ojos. Sentía en los labios el gusto salobre de las lágrimas. Bajé hasta los doscientos cincuenta metros buscando un sitio donde aterrizar. Cara al viento hice una toma de tierra perfecta. Repentinamente me sentí muy cansado, rendido. Había sido un vuelo muy largo desde Los Ángeles.

Nevada Smith venía corriendo a mi encuentro cuando el aeroplano se detuvo. Paré el motor, comprobé el carburante y me quedé mirando al hombre que corría hacia mí.

No había cambiado en absoluto. Lo conocí cuando yo tenía cinco años y seguía siendo exactamente el mismo. Con las piernas abiertas como si acabara de apearse del caballo, y aquella piel suya tan característica. Lo vi por primera vez en 1909, dieciséis años atrás.

Yo estaba jugando cerca de mi padre, que leía el semanario *Reno*, delante de la puerta. Eran las ocho de la mañana y el sol estaba ya bastante alto en el cielo. Escuché el andar de un caballo y salí corriendo para verle mejor.

Un hombre se estaba apeando en aquel momento. Se movía con una lentitud desesperante. Sujetó las riendas a un poste y se dirigió andando hacia la casa. Al pie de la escalera se detuvo y saludó.

Mi padre dejó el periódico y se levantó de su hamaca. Era muy alto. Fuerte, tostado por el sol.

Nevada se lo quedó mirando.

—¿Jonas Cord?

—Sí —respondió mi padre.

El recién llegado se echó hacia atrás el sombrero vaquero y pude verle el pelo, negro como un ala de cuervo.

—He oído decir que usted podría echarme una mano.

Mi padre nunca decía sí o no a nada.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

El hombre sonrió inexpresivamente. Miró despacio la fachada de la casa y luego se volvió a mirar al desierto. Después miró otra vez a mi padre.

—Puedo cuidar ganado y arreglar cercas, pero usted no tiene nada de esto.

Mi padre guardó silencio un momento.

—¿Es que no le gusta el lugar? —preguntó.

Por primera vez, advertí que el desconocido llevaba un arma al hombro. Se veía que estaba muy usada, porque la culata brillaba demasiado. Las partes metálicas estaban untadas de aceite.

—Tengo que vivir —dijo.

—¿Cuál es su nombre?

—Nevada.

—¿Nevada qué?

Sin inmutarse respondió:

—Smith... Nevada Smith.

Mi padre guardó silencio otra vez. El hombre dijo, señalándome:

—¿Es su hijo?

Mi padre afirmó con la cabeza.

—¿Y su madre?

Mi padre me cogió en brazos y respondió con voz emocionada:

—Murió hace sólo unos meses.

El hombre comentó:

—Lo había oído decir.

Pude sentir el músculo de mi padre ponerse tenso bajo la manga de su camisa. Antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que iba a suceder, me sentí en el aire. El desconocido me recogió en sus brazos, pero sin darme tiempo a gritar, mi padre habló otra vez, con una leve sonrisa en los labios:

—Enséñele a cabalgar.

Volvió a coger su periódico y entró en la casa sin más comentarios. El hombre que decía llamarse Nevada montó a caballo, y luego me subió con él sujetándome de una mano. En la otra llevaba el arma. En un segundo, ésta había desaparecido en su funda.

Nevada dijo sonriendo:

—Bien, muchacho... Ya has oído a tu padre. Vamos.

Miré hacia la casa pero mi padre había desaparecido. Fue la última vez que me tuvo en sus brazos. A partir de entonces me crié como si fuera hijo de Nevada.

Nevada me abrazó.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Lo gané en un juego —le respondí sonriendo.

Me miró interrogante.

—¿Cómo?

—Yo aposté quinientos dólares.

Pareció satisfecho. Era una de las cosas que Nevada me había enseñado. «Nunca te levantes de la mesa de juego sin dejarle al contrario ni siquiera una oportunidad para mañana». Saqué de la cabina dos calzos y los pusimos en las ruedas.

—Tu padre lo sabe ya —dijo Nevada.

—¿Cómo lo ha sabido tan pronto?

Sus labios se frunció con aquella sonrisa que me era tan familiar.

—Ella se lo dijo a sus padres antes de morir.

—¿Cuánto necesitan?

—Veinte mil.

—Se conformarían con cinco.

No contestó. Me miró a los pies y dijo cambiando de conversación:

—Cámbiate de zapatos, anda... Tu padre está esperando.

Se adelantó a zancadas. Saqué de la cabina un par de zapatos, *huarachos* (*) mexicanos, y me los puse. Corrí detrás de Nevada.

Lo confieso. Odio los zapatos. No me dejan vivir.

2

Pequeñas nubes de polvo se iban levantando tras de mí, en las pisadas de mis huarachos, conforme me acercaba a la factoría. El típico olor de sulfuro que se utilizaba en la fabricación de la pólvora me llegaba a la nariz. Era un olor semejante al que había en el hospital la noche que llegué allí con ella. Muy distinto de la noche que la conocí.

La noche estaba fresca y clara, y el olor que nos llegaba era el del océano, que entraba con la brisa por las ventanas abiertas de la caseta que yo había construido en Malibú. Y también se percibía en la habitación el perfume excitante de su cuerpo joven y el leve ruido de su respiración agitada.

Todo estuvo aquella noche bajo el signo nervioso de nuestro deseo de vivir y gozar. Fue una entrega absoluta. La recuerdo como si estuviese viéndola ahora mismo. La brillante luna del Pacífico llegaba con su luz hasta los pies de la cama. Sólo la cara de ella permanecía en la sombra. Sus palabras me alborotaron la sangre.

—Odio la hipocresía, Joney... Quiero que la entrega sea mutua y absoluta. Luego, añadió con voz suave, como un quejido:

—Te amo, Joney, te amo...

Sí, me amaba, por supuesto. Tanto que cinco semanas más tarde me comunicaría que iba a ser madre y que tendríamos que casarnos. Veníamos en mi coche, de regreso de un partido de fútbol, cuando me lo dijo. Me miraba cara a cara, serena, sin ningún miedo en sus ojos. Segura de sí misma. Su voz me pareció entonces más firme que nunca.

—Es necesario, querido.

Fue mi voz la que sonó a falsa.

—¿Por qué ha de ser absolutamente necesario?

—Porque necesito ser tu esposa...

Se acercó más a mí. La rechacé.

—No quiero casarme contigo.

Estuvo a punto de gritar.

—Tú me juraste que me amabas.

Ni siquiera la miré.

(*) Sandalias de origen mexicano, hechas con correas de cuero trenzados sobre una suela.

—Un hombre dice muchas tonterías cuando está con una mujer...

Acerqué el coche a la acera y frené.

—Eres cruel, querido.

—El asunto es sólo tuyo...

Empezó a secarse las lágrimas con un diminuto pañuelo.

—Te amo, Joney... Y voy a tener un hijo tuyo.

Empecé a sentirme más sereno que ella. El problema era para mí uno más de los muchos que me había acarreado la circunstancia de llamarme Jonas Cord. Muchas hijas y muchas madres pensaban que yo amontonaba el dinero. Que me rebosaba el dinero por todas partes. Con la guerra, mi padre había alcanzado el imperio de la pólvora y los explosivos. Quise herirla con mi frialdad.

—Es muy sencillo... Si quieres tener un hijo, tenlo.

Cambió su expresión y se me acercó amenazadora.

—¿No vas a casarte conmigo?

Comprendí que le hacía mucho daño, pero no rectifiqué.

—¿Qué me importa que tengas o dejes de tener un hijo?

Su cara palideció, pero su voz volvió a ser serena.

—Jamás seré tuya si no llevo en mi dedo la sortija de boda.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Harás muy bien.

Cuando acabó de encenderlo, dijo de pronto:

—Necesitaré algún dinero.

—¿Cuánto?

Me echó a la cara una nubecilla de humo.

—Hay un médico muy bueno en Mexican Town... ¿Doscientos?

—De acuerdo.

Yo había respondido automáticamente, sin pensar en lo que contestaba. Era una solución. La última me había costado muchísimo más. Apagué el cigarrillo y puse otra vez el coche en marcha. Tomé el camino de Malibú.

—¿Adónde vamos?

No esperaba esta pregunta y la miré sorprendido.

—A Malibú...

Se echó a reír y dejó caer la cabeza en mi hombro.

—Pienso en lo que diría mi madre si supiera exactamente adónde me llevas.

—¿Y tú qué dices?

Sin responder a mi pregunta, añadió:

—La pobre tenía tanta ilusión de verme casada.

¡Su madre! Si la vieja zorra no hubiera enloquecido a su hija con sus consejos, la muchacha viviría todavía.

A la noche siguiente, sobre las once y media, sonó el timbre de mi teléfono. Presentí que algo malo sucedía. Su voz me llegó lejana, y asustada.

—Joney, me estoy desangrando.

Creí que no había oído bien.

—¿Qué dices?

—Fui a ver al médico esta tarde y algo ha salido mal... Tengo miedo.

Salté de la cama.

—¿Dónde estás?

—En el Weestwood Hotel... Habitación nueve, cero, uno...

—Quédate en la cama. Voy enseguida.

—Deprisa, por favor, Joney...

Se trataba de un hotel que yo conocía. Nadie me impidió el paso cuando entré corriendo y tomé el ascensor sin detenerme en el mostrador de recepción. Busqué la habitación y empujé la puerta.

Nunca había visto tanta sangre. El suelo, la silla donde ella había estado sentada mientras me telefoneaba, la ropa de la cama...

Estaba tumbada en el lecho y su cara parecía tan blanca como la funda de la almohada en que descansaba la cabeza. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió un instante cuando me sintió llegar. Movi6 los labios pero no pude oír lo que decía, si dijo algo. Me arrodillé junto a ella.

—No intentes hablar, pequeña. Buscaré a un médico. Verás cómo sólo será un susto.

Descolgué el teléfono, cuando vi que se tranquilizaba. No me hacía mucha gracia tener que llamar a un médico. A mi padre no iba a gustarle si veía otra vez mi nombre en los periódicos. Llamé a McAllister. Era un personaje en California. Hice lo que pude para que mi voz no delatara mi inquietud.

—Necesito un médico y una ambulancia con urgencia.

Comprendí por qué mi padre tenía en tanta estima a McAllister. No le gustaba perder el tiempo en preguntas inútiles. Sólo le importaba saber dónde, cuándo y quién. No el porqué. Su voz era autoritaria.

—En diez minutos estarán ahí el médico y la ambulancia.

Le di las gracias y colgué el teléfono. Eché una mirada a la víctima. Parecía dormida, pero cuando me dirigí a la puerta de la habitación abrió los ojos.

—No te vayas, Joney... Tengo miedo.

Volví sobre mis pasos y me senté a su lado. Le cogí la mano y ella cerró los ojos de nuevo. La ambulancia estuvo allí en diez minutos, y no nos soltamos de la mano hasta que estuvimos en el hospital.

3

Entré en la fábrica con el ruido y el olor envolviéndome como una nube. Podía apreciar el momentáneo detenerse en el trabajo de los operarios y oír sus comentarios en voz baja.

—*El hijo* (1).

¡El hijo! Éste era el único nombre que me daban. No me conocían de otra cosa. Ni me tenían cariño, como sus antecesores no se lo habían tenido a sus *patrones* (1). Se consideraban ligados a ellos por vínculos de pertenencia indiscutible, sin los cuales les sería imposible seguir viviendo.

Crucé las naves de máquinas y llegué a la escalera que subía a la oficina de mi padre. A mitad de ella volví la cara para mirar a los operarios. Cien caras me sonreían. Saludando con la mano les sonreía también, del mismo modo que había hecho siempre, desde el primer día que había subido la escalera siendo todavía un niño.

Tan pronto como llegué al piso de arriba y cerré la puerta a mi espalda, dejé de oír el ruido de la fábrica. Por un pequeño corredor llegué a la oficina de la secretaria.

Denby estaba sentado ante su escritorio, redactando una nota con su peculiar manera de escribir, como si riñera con el papel. En otra mesita, una señorita escribía a máquina. Un hombre y una mujer estaban sentados en el sofá de las visitas.

La mujer vestía de negro y apretaba en sus manos un pequeño pañuelo blanco. Me miró a la cara cuando me vio aparecer. No necesité que nadie me explicara quién era. El parecido entre la madre y la hija era suficiente. Le sostuve la mirada hasta que ella volvió la cabeza.

Denby se levantó enseguida.

—Su padre le está esperando.

No le respondí. Me abrió la puerta del despacho de mi padre y pasé junto a él sin mirarle. La puerta se cerró tras de mí y me encontré en la mitad de aquel despacho que tan bien conocía. Miré a mi alrededor.

Nevada estaba apoyado sobre la pared, junto a la librería, con los ojos casi cerrados, en aquel aspecto que siempre había tenido de importarle todo nada. McAllister estaba sentado frente a mi padre. Se me quedó mirando con descaro. Mi padre estaba tras su enorme y antigua mesa de trabajo. Aparte su contenido humano, el despacho estaba tal como yo lo había visto la última vez.

Las paredes cubiertas de oscuras chapas de nogal, las butacas tapizadas en cuero, las persianas verdes, el retrato de mi padre, el del presidente Wilson. Cerca de la mano de mi padre, el teléfono, mejor dicho, los tres teléfonos, y en una mesita, la botella del agua, el whisky, los vasos. Observé que la botella del whisky estaba a la mitad, y que no eran más que las tres de la tarde. Calculé que mi padre se bebía una botella cada día.

Me detuve resueltamente delante de mi padre y le sostuve la mirada, que no era muy amable:

(1) En español en el original.

—Hola, papá.

Su cara, de por sí sonrosada, se puso roja. Las venas de su cuello se hincharon tanto que temí que se rompieran de golpe.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre después de lo que ha sucedido?

—He venido tan pronto como me ha sido posible, señor.

No había nada que pudiera detenerle. Estaba furioso. Mi padre tenía un temperamento que desconcertaba a cualquiera. Ahora estaba tranquilo y amable, y un instante después parecía tan enfadado que podría destrozar al mundo.

—¿Por qué demonios no te fuiste del hotel cuando McAllister te lo dijo? ¿Por qué fuiste al hospital? ¿Sabes lo que has hecho? Pues esto: complicarte criminalmente en un intento de asesinato por aborto.

Me impresionó la noticia. Mi temperamento era muy semejante al de mi padre:.

—¿Qué quería que hiciera? La muchacha se estaba desangrando y a punto de morir. ¿Quiere decir que lo justo hubiera sido escaparme de allí y dejarla morir como un perro?

—Sí... Si hubieras tenido dos dedos de frente, eso es lo que hubieras hecho. La muchacha hubiera muerto, como murió luego sin remedio, y tú estarías aquí sin ninguna responsabilidad ni complicación. Ahora esos bastardos piden veinte mil dólares a cambio de su silencio, y en caso contrario llamarán a la policía... ¿Crees que voy a pagar veinte mil dólares cada vez que haga una insensatez? Es la tercera mujer en un año que te trae complicaciones graves.

Vi que no le importaba en absoluto que la muchacha hubiese muerto. Lo que le importaba, únicamente, eran los veinte mil dólares. Pero también comprendí que no se trataba sólo del dinero, y que había algo más allá, oculto, subterráneo.

Debió reconocer mi desencanto en mi modo de mirarle. Me dio lástima de él. Estaba envejeciendo muy deprisa. Su último matrimonio había sido en Reno un año antes y hasta entonces no había ninguna esperanza de un nuevo hijo.

Le volví la espalda y me dirigí a la puerta del despacho. Mi padre me gritó:

—¿Adónde piensas ir ahora? Volví la cabeza para mirarle.

—No creo que te interese demasiado. Lo único que te importa es si tendrás o no que pagar.

Se levantó y vino hacia mí.

—¿Qué te has creído?

Le sostuve la mirada. Mi genio era bastante parecido al suyo, y los dos lo sabíamos. «Cállate, viejo, no escandalices... A Rina no le gustaría saber que entre tú y yo hay discusiones violentas». Esto lo pensé, pero no lo dije.

Se puso rojo de ira. Levantó las manos como si fuese a sujetarme por el cuello. Se mordió los labios, y las venas del cuello se le hincharon como si fueran a romperse. De pronto, como un corte de corriente eléctrica que deja a

oscuras una ciudad, toda la rabia desapareció de su cara, cerró los ojos y cayó desvanecido sobre mí.

Instintivamente le recogí en mis brazos. Por un instante sus ojos se abrieron de nuevo para mirarme, y de sus labios salieron trabajosamente estas palabras, llenas de angustia.

—Jonas... Hijo mío...

Cerró los ojos definitivamente y se derrumbó sin que yo pudiera evitar su caída. Le miré tumbado a mis pies. Supe que estaba muerto, antes de que Nevada se arrodillara a su lado y aplicara el oído sobre su corazón, después de abrirle la camisa de un tirón.

Nevada estaba arrodillado junto al cadáver de mi padre, McAllister llamaba por teléfono a un médico y yo tomaba un trago de la botella cuando Denby abrió la puerta para entrar en el despacho.

Tuvo que apoyarse en la pared, con los papeles caídos a sus pies, escapados de sus manos con la emoción y el susto.

—¡Dios mío! —dijo con voz temblorosa, mirando alternativamente al cadáver y a mí—. ¿Quién firmará ahora los contratos?

Miré a McAllister. Hizo un gesto animándome.

—¡Yo! —respondí sin titubear.

Nevada apretaba con los dedos en los párpados de mi padre muerto, para dejarle los ojos bien cerrados. Me volví a Denby y mirándole a la cara, con toda la energía que me fue posible, le advertí para el futuro:

—De ahora en adelante, nadie me llamará *muchacho* en esta casa... ¿Entendido?

4

Cuando llegó el médico, encontró el cadáver de mi padre en el sofá, cubierto con una manta. Era un hombre alto, fuerte, calvo, con lentes. Alzó una esquina de la manta y miró. Volvió a dejarla caer.

—Está muerto, desde luego.

Yo no hablé. Mientras me sentaba en el sillón que hasta entonces había sido de mi padre, McAllister preguntó:

—¿Por qué causa?

El doctor respondió muy seguro:

—Embolia cerebral. Todo habrá sido tan rápido en su cerebro que no ha tenido tiempo de sufrir.

Yo estaba muy sereno. Pensaba que un minuto antes mi padre estaba vivo y ahora no era nada. Ni siquiera podría espantar una mosca posada sobre la sábana que cubría su cara. ¿Para qué iba yo a decir nada?